

Eleazar Huerta

Presencia de Benedetto Croce



BENEDETTO CROCE, el glorioso anciano recientemente fallecido, pertenecía a una de las generaciones más valiosas de Europa. Cinco años menor que Bergson sólo dos años más joven que Unamuno, se caracterizó, a lo largo de toda su vida, por la hondura de su pensamiento como por la reciedumbre civil de su conducta. Con todo, estas dotes generacionales tuvieron en Croce un señorío patricio único, clásico, cual vemos en su oposición cerrada pero nada exhibicionista ni demagógica ante el fascismo; algo que está entre Aristóteles frente a los tiranos atenienses y el fin de Sócrates. Lo mismo podríamos decir de su apartamiento sin ruptura del catolicismo al uso, un gesto de Erasmo y también de historiador, que sabe, comprende y mide la trayectoria de las personas y la de las instituciones.

A mi entender, fué decisiva para Croce la fecha de 1883. En tal año, el terremoto de Casamicciola dejó al joven Benedetto, de 17 años, en la orfandad. Murieron en la catástrofe sus padres y su hermana. El se salvó, tras yacer varias horas entre los escombros, y fué a Roma a vivir con unos tíos, que lo matricularon en Jurisprudencia. ¿Qué carrera sino la del foro debía seguir un muchacho de talento brillante? Además, ¿no es el foro el mejor antecedente para la actividad política? Esto debió pensar la familia, con criterio sensato. Pero el terremoto había producido en Croce un impacto decisivo, lo había marcado para siempre. Así que, deja las clases de leyes para cursar filosofía con Labriola. No será abogado ni diplomático. Vuelve a Nápoles y, en contacto con la tierra natal, halla su vocación definitivamente: la historia y la filosofía en su confluencia, el problema de lo que permanece y lo que cambia. A eso se aplicará tenazmente el joven napolitano como pensador. Además, por decoro, será un enemigo encarnizado de las posturas teatrales, de toda retórica. Vivir es una cosa seria. Y también es seria la muerte, que debe sorprendernos en nuestro trabajo, cumpliendo con el deber como el centinela de Pompeya.

La verdadera justicia, como la verdadera crítica, está en la historia. Esto constituye parte esencial del pensamiento crociano, mas igualmente de algunas actividades concretas del filósofo, que nos lo humanizan. Reivindica la memoria y el aporte genial de Vico a

la ciencia histórica y a la Estética, valora a De Sanctis, estudia la historia de Nápoles; y se hace hispanista para penetrar mejor en el Renacimiento italiano, donde hay tantas cosas itálicas y españolas de modo inseparable. Su conocimiento profundo de la ciencia y la erudición alemanas tiene, por lo mismo, un cuño especial. Sabe cuán valiosa es dicha erudición, pero conoce su limitación nacionalista. Al hacer su historia de la Estética le notamos vigilante, empeñado en no omitir nada europeo. Por eso, si pone en el lugar que le corresponde a su paisano Vico, se complace en hacer justicia a otros sabios que tantos explotan sin citar. El no. De ahí sus referencias, por ejemplo, a Menéndez y Pelayo. «Para las ideas estéticas de San Agustín y de los primeros escritores cristianos confróntese Menéndez y Pelayo», dice. «Para las tradiciones de las ideas platónicas y neoplatónicas en la Edad Media y en el Renacimiento, más ampliamente y mejor que todos, Menéndez y Pelayo». «Para la historia de la Estética francesa en el siglo XIX, la mejor exposición está en Menéndez y Pelayo», insiste todavía. Honradez siempre. Y justicia sin fronteras.

Por eso, resbalan y caen al suelo, sin herir a Croce, las saetas envidiosas o irresponsablemente frívolas. Nadie, como dije antes, tuvo una postura más serena pero irreductible ante el fascismo. Pero Croce, al día siguiente de entrar los norteamericanos en Nápoles, ni se exhibió ni trató de cotizar esa postura. En cambio, iba con los «libertadores» el mordaz Curzio Ma-

laparte, que se pregunta en «La piel» dónde podría estar oculto Croce y admite la hablilla de que leía a un novelista francés a quien acababa de descubrir, a Marcel Proust.

No faltará erudito que pueda precisar en qué año leyó Croce a Proust. Mas, lo evidente es que, desde los 17 años, Croce descubrió la responsabilidad histórica del hombre y eligió la libertad de pensamiento como deber.

La filosofía de Croce suele ser calificada, con frase somera, de neohegeliana. Hay, en verdad, un apoyo de Croce en Hegel, pero sometido aún a una cuidadosa revisión, la llevada a término con su libro «Lo vivo y lo muerto en la filosofía de Hegel». El positivismo, la escuela histórica de Vico y el terremoto de su juventud tienen tanta parte en el pensar de Croce como pueda tener Hegel. Admite y toma de éste su fecundo concepto de la dialéctica, pero el espiritua-lismo de Croce es absoluto y concreto. «Si se pregunta cuál es la actividad real entre las distintas actividades del espíritu o si todas son reales, hay que responder que ninguna es real!, porque solamente es real la actividad de todas aquellas actividades que no reposa en ninguna de ellas en particular». Ni la intuición artística, ni el concepto científico, ni la actividad práctica, momentos todos del espíritu, que se enriquece al pasar interminablemente de lo uno a lo otro. Lo valioso y real está, pues, en el todo. Pero cada actividad concreta debe ser pura, para tener un valor

propio. Y pura querrá decir a la altura de su momento histórico, teniendo como antecedentes, pero no como ingredientes, los otros momentos y posturas del espíritu.

Así, el artista adquiere pureza de expresión al eliminar lo feo. Pero «lo feo con sus pasiones de hombres que luchan contra su pura pasión artística; son sus debilidades, sus prejuicios, sus comodidades, el dejar correr, el hacer de prisa, el tener dos velas encendidas, una para el arte y otra para el espectador, para el editor o para el empresario, cosas todas que impiden al artista la gestación fisiológica, el parto normal de su imagen expresiva. Al poeta le impiden, en efecto, el verso que suena y que crea, al pintor el dibujo seguro y el color armónico, al compositor la melodía. Cosas de las que, si no nos defendemos cautelosamente, darán como resultado versos sonoros y vacíos, incorrecciones, desentonos y discordancias en las obras».

Al acentuar las distintas actividades del espíritu, pero dentro de su síntesis, Croce traza una fenomenología espiritual que no lleva a la estéril identidad romántica. Cada actividad implica previamente las otras y fuerza a seguir en «recurso» o círculo interminable.

La intuición como conocimiento concreto sólo se agota al dejarnos ante la necesidad espiritual de elaborar el concepto. Mas, a su vez, el concepto claro no puede quedar inmóvil. La ciencia en sí resultaría tan incompleta y negativa como el arte no trascendido.

Lleva a la acción, a la reforma del mundo. Que genera sentimientos, nuevas situaciones espirituales, cuya visión nos vuelve a dar la fantasía en su imagen lírica.

En definitiva, el pensamiento es evolución, historia, y acá, en su carácter histórico, hallamos el nexo entre vida y pensamiento, entre teoría y práctica. Croce deshace así los errores seculares, desde el platónico de excluir a los poetas de la república. Verdaderamente, el «momento poético», la intuición, debe ser pulcramente puro, mas lleva y llevará al concepto y luego a la acción, si es poesía valiosa, no mero esteticismo decadente. Por otro lado, prosiguiendo el tornar inagotable, la vida práctica, las apetencias morales generarán un arte pero sin penetrar en él, porque comprometerían el rango de las imágenes.

Croce concibe una filosofía completa, pero no es casual sino muy significativo que la comience por la Estética. Su «Filosofía del espíritu» se desarrolla en cuatro obras fundamentales: «I. Estética como ciencia de la expresión y Lingüística general», «II. Lógica como ciencia del concepto puro», «III. Filosofía de la práctica. Economía y Ética», y «IV. Teoría e historia de la historiografía». En su Lógica ha hecho un aporte interesante para sacar al concepto de su abstracción. Ha buscado la posibilidad de comprender intelectualmente lo singular. Es heroica su postura de buscar en todo error la parte de verdad que contiene. Con sano optimismo, puede así obtener el oro de una partícula de verdad relativa en cada disparate que

examina, porque el disparate total es imposible. Y en la Filosofía práctica, serenidad y lucidez le llevan a minimizar la emoción. Si ésta no constituye una forma de conocimiento habrá que verla como un híbrido estéril, al modo de una vacilación entre la actividad teórica y la práctica. La síntesis fecunda entre pensar abstracto y mundo concreto habrá de buscarse en otra dirección, en la historia. La política, para Croce, pudiera definirse con la frase de Manuel Azaña («una herencia histórica corregida por la razón»), si entendemos bien claramente que dicha razón no ha de ser abstracta sino también concreta e histórica, también «herencia» o nivel del desarrollo del espíritu.

Aunque someramente apuntadas, vemos que las opiniones de Croce acerca de la Lógica y la Práctica son claras, elaboradas, precisas. Pero Croce quedará para siempre como maestro de la Estética, donde ha hecho los más singulares aportes. Fué, en verdad, un «homo aestheticus», por su obra y por su vida misma. Volvió sobre tales temas y una y otra vez, en sus «Nuevos Ensayos de Estética», en su «Breviario», en «La poesía», en la «Crítica e historia del arte figurativa», en la «Aesthetica in nuce». Algunas de sus precisiones han quedado como clásicas, aunque hayan sido malentendidas en ocasiones. Tal su distinción entre expresión afectiva o inmediata —la del gesto y la mímica— y expresión artística, momento siguiente y lúcido del espíritu, en que el sentimiento de la etapa anterior es contemplado, tomado como materia y confor-

mado en una imagen. O bien su valoración de la poesía como momento puro del espíritu y, a la vez, su reconocimiento de que una cosa es caer en lo antipoético y utilitario y otra distinta lograr claridad comunicativa, civilidad lingüística mediante la síntesis literaria. «Pues la expresión literaria es una de las partes de la civilización y de la buena educación, semejante a la cortesía y al saber vivir, y consiste en la armonía entre las expresiones no-poéticas, es decir, pasionales, prosaicas y oratorias o excitantes, y las expresiones poéticas, de modo que las primeras, sin negarse a sí mismas, no ofendan la conciencia poética y artística. Por eso, si la poesía es la lengua materna del género humano, la literatura es su profesor de civilización o, por lo menos, uno de sus profesores. De ahí que el canto poético se eleve en las épocas rudas y agrestes. Hasta ha habido quienes creen que la poesía no tiene ambiente social más propicio que la barbarie». Sosteniendo tal postura, Croce revisa su radicalismo juvenil, el de 1902. Reconoce que en el error de los retóricos —la defensa de formas ornadas— había una partícula de verdad. No es bello el adorno en sí, pero hacer civilizada a la poesía, tolerable socialmente, y hacerla asequible a los demás son méritos literarios evidentes, méritos de la plenitud y el equilibrio del espíritu. No olvidemos, en fin, que por algo al hacer artístico exclusivo, desequilibrado, se le halla semejanza con la locura.

La defensa de la literatura por el Croce maduro,

junto a Santayana pero frente a Ortega y Valery, supone además una postura filosófica ante otra de base psicológica. En efecto, cuando se coloca inspiración por encima de expresión artística y se ve en la obra una mera pavesa, un residuo muerto del estado espiritual del creador, se sobrevalora lo psicológico. Y por aquí puede llegarse al rigor del creador para consigo mismo, pero también a la expresión críptica, a la irresponsabilidad social y a la falta de valor histórico de la obra, que sería la falla definitiva.

La cultura latina, en su mejor tradición de armonía, de profundidad elevada a claridad, de justicia para todas las gentes y de valor ecuménico, se dió una vez más con Benedetto Croce. Su muerte no impedirá que siga siendo luz, en su obra y en su ejemplo.